pues el gallego, el asturiano, el vascongado, el navarro y el catalán en nada se asemejan al madrileño y al andaluz; pero entiéndase bien, mientras cada uno vive en su comarca, porque nadie escapa á la influencia del medio ambiente. Más diremos; el mismo catalán ya se manifiesta de muy diferente manera en sus costumbres, en sus ideas, en sus hábitos y en los actos de su vida según viva en unas ú otras regiones. El catalán del valle de Arán es muy distinto del del Ampurdán. En la alta montaña y en la Segarra se nos manifiesta de muy diferente manera que en el Campo de Tarragona y en Tortosa.

En condiciones de una gran espontaneidad catalana, como así también vascongada y de las demás regiones del Norte, adquirirá gran desarrollo nuestra civilización, porque estaremos en condiciones de procurarnos importante cantidad de riquezas sin las cuales no se sostiene la actual cultura.

---

de D. Joaquín Casas y Carbó, titulado *Contribució á l'estudi de la próxima transformació dels Estats europeus neollatins*, página 151 del número 9, correspondiente al 30 de Junio de 1898, de la importante revista *Catalonia*, semimensual que se publica en Barcelona.

CONCLUSION

Necesidad de adaptar el catalán á las condiciones del medio ambiente moderno.—Conveniencia de la fusión en España del elemento Norte, activo, emprendedor, reflexivo, con el elemento Sur, sentimental, imaginativo y esencialmente artista.—Ambos se completan.

España no debe vivir en lucha.—Antinomia constante entre el Sur y el Norte.—Necesidad de una gran armonía y unidad de acción para que España pueda progresar.—Las naciones modernas han de ser necesariamente ricas para sostenerse.—La vida moderna civilizada es cara y compleja.

Cataluña puede desenvolverse sin dejar de ser española.—Necesidad de que se le dé libertad civil y jurídica.—Conservación de su derecho, usos y costumbres, y facultad de regirse y gobernarse económicamente, según lo reclama su peculiar naturaleza y las condiciones en que se encuentra.—Conservación de su lengua, literatura y demás distintivos de su individualidad.—Necesidad de libertad para su comercio, negocio y tráfico.—Seguridad para su agricultura y garantía para su industria.

Deseamos para nuestro engrandecimiento, el regionalismo económico, ó sea cierta independencia en el orden del manejo de nuestros negocios, cierta autonomía puramente en el orden económico, que tenga por base una unión política perenne á España.

Los pueblos del Sur de España, cuya influencia se deja sentir en la corte, difícilmente comprenden las cuestiones del trabajo en su verdadera esencia, quizás porque no tienen necesidades, y la excelente calidad del terreno, la temperatura, el ambiente en que viven y las costumbres les distraen de fijarse en lo que más importa. Instintivamente el gallego, el asturiano, el riojano, el vascongado y el catalán saben lo que les conviene en la lucha por la vida; pero, por regla general, el andaluz, el madrileño, el hombre de Castilla la Nueva, el murciano, los hombres del Sur de la Península, capaces de adivinarlo y comprenderlo todo, parece que tienen olvidado lo que más importa para el bienestar del hombre sobre la tierra. En una palabra, en todo problema económico los hombres del Sur ven las cosas de distinta manera que los hombres del Norte, y sin embargo, los hombres del Sur son más vivos de

imaginación, y precisamente por esto, porque les halaga y distrae cualquiera idea bella y luminosa, con preferencia á un concepto útil. Los pueblos latinos en general y los de las costas del Mediterráneo, tienen gusto especial por el exterior y el adorno de las cosas, por la pomposa representación que deslumbra los sentidos y la vanidad, por la regularidad lógica, por la simetría exterior y la bella ordenación; en una palabra, por la forma. Al contrario, los pueblos anglo-sajones y los hombres del Norte, y en general los que se han criado en la montaña, se sienten más inclinados al ser íntimo de las cosas, á la misma verdad, es decir, á su fondo. Su instinto les impulsa á no dejarse seducir por la apariencia, á descubrir lo que está oculto, aunque sea repugnante y triste, á no rebajar ni disminuir ningún detalle por vulgar y feo que parezca. El carácter genuinamente español, el que da la tónica, el que domina, tal como se revela en su literatura, en su arte y en sus costumbres, no parece el de un pueblo práctico, interesado, conocedor de sus verdaderos intereses y conveniencias. El andaluz, el manchego, el castellano del centro de España son gente generosa, acostumbrada á vivir con escasez, poco económica, dilapidadora, con demasiada imaginación para los oficios mecánicos, con pocas necesidades para sujetarse á tareas rudas y continuas, y con demasiados pujos de independencia y altivez señorial para crear asociaciones é instituciones útiles que requieren cooperación constante, obediencia y abnegación. Será verdad que el castellano viejo tiene en alto grado el don de la obediencia, como indica el señor Núñez de Arce en un discurso pronunciado en el Ateneo de Madrid; pero también es verdad que entre el castellano de Burgos y de la Rioja y el andaluz hay una diferencia de condiciones inmensa. La diversidad de razas, climas, costumbres, tradiciones, terreno y otras condiciones ha impedido que hubiese en España unidad de caracteres en el personal de la Península.

El catalán habita en país montañoso y terreno pobre, y por necesidad ha de ser laborioso, esperando de sus brazos más que de la naturaleza. Acostumbrado á la fatiga y á vencer dificultades ha de ser tenaz. Las inclemencias del tiempo, lo áspero y fragoso del terreno, el rigor del clima hacen al hombre previsor y económico. De ahí una serie de costumbres, instituciones, usos y hasta ideas distintas del hombre del Sur. En Madrid, la capital, donde se hacen las leyes, influye poderosamente en la opinión la gente del Sur, y por esto no se respira en ella este ambiente de negocios, no se ve el movimiento comercial, este afán de medrar por medio del trabajo y de los quehaceres, ni aparece iniciativa industrial de ninguna clase, ni se nota el olor á carbón de piedra y á brea y alquitrán de los grandes centros manufactureros, de los puertos de

mar y de las grandes capitales europeas y norteamericanas. No hay allí el aire preocupado y serio de la gente que trabaja.

Por circunstancias especiales ha dominado en ella la gente del Sur sobre la gente del Norte y no ha influído en esta capital, como en otras, la tendencia económica moderna. Una ciudad como Madrid, colocada en medio de un desierto, sólo se comunica con el resto del mundo por medio de unas cuantas líneas férreas, y, por lo tanto, está relativamente aislada; en cambio, una población con puerto de mar está en continua relación con todo el mundo, y, por lo tanto, hay un jamás interrumpido cambio de hombres, de ideas, de impresiones y de dinero. Cada buque, cada línea de vapores significa una doble corriente de mercancías, de correspondencia, de negocios, de pasajeros, de letras de cambio de todos los países, de monedas de todas las naciones, y, por lo tanto, una población del litoral, con puerto de mar, tiene mil probabilidades más que una población alejada de la costa para ser mercantil y sentir los efluvios de la vida moderna, cuyo bagaje de civilización está sostenido siempre por medio del dinero.

Las grandes ciudades comerciales del interior lo serán merced á circunstancias especiales; las del litoral, espontáneamente y por ley de naturaleza. El movimiento económico se pronuncia en ciudades alejadas del mar cuando tienen grandes manufacturas, con cuyas primeras materias y con productos elaborados se alimenta su comercio; pero Madrid, que carece de talleres, no reune estas condiciones, y por esto es una ciudad de las pocas en el mundo en que todos sus habitantes á todas horas están arreglados y compuestos á punto de hacer visitas y acudir á reuniones, y con buen humor de conversar y hacer cumplimientos. Hasta los caballeros más encopetados parecen á veces muñequitas, tan finos, tan afeitados, perfumados, planchados, enguantados, limpios, elegantes y correctos. Al forastero que visita á Madrid por primera vez le hace la impresión de que es una ciudad donde todos sus habitantes están de fiesta. Apenas entre la muchedumbre, compuesta de caballeros con sombrero de copa alta y bien vestidos, y señoras elegantes y ricamente ataviadas, cruza un artesano ó un hombre del pueblo que vaya desgreñado y sucio. Hasta los taberneros, los porteros y los chulos van limpios y peripuestos y con un cierto aire que les asemeja á descendientes de príncipes arruinados. No se ve allí esta masa inmensa de obreros con sus blusas azules y su pantalón de pana manchados de grasa, de aceite de las máquinas, tiznadas la cara y las manos del carbón de piedra ó de materias tintóreas y colorantes, como tampoco existe la llaneza de los hombres de la clase media de otros puntos, vestidos de cualquier manera, con sombrero viejo, blusa de color, llevando bultos, muestras,

envoltorios y paquetes, comiendo en mitad de la calle, con una botella en la mano ó con un pescado enorme cogido por las agallas. En Madrid, por el contrario, todo es corrección, pulcritud, buenas formas; por esto se dice allí que en los negocios de Estado la buena forma es el todo, y como no se ocupan de otros negocios que los del Estado, abunda la buena forma en demasía y preside en todos los actos y en todas las ocasiones.

La presencia de la corte y de los altos dignatarios mantiene constantemente la etiqueta, las buenas maneras, la corrección exquisita. La aristocracia se muestra refinada y culta, y el personal de la clase media y la clase baja que quiere imitar á aquélla, se esmera en ser bien educado y cortés. Por otra parte, el provinciano que va á Madrid á buscar colocación, empleo ó por razón de algún negocio, no tiene más remedio que presentarse muy limpio y aseado, ha de expresarse bien, y si no es correcto y bien educado se le rechaza. Todo ello influye en el carácter del habitante; le quita energía, le transforma, le inhabilita para ser buen labrador, buen artesano y buen marino; y como en Madrid no abundan los medios de vivir que proporciona un centro industrial ó comercial, el hombre que carece de recursos no tiene más remedio que ser aguador, portero, criado, lacayo, y para esto hay que ser obediente, servicial, cortés y saber doblar el espinazo. He aquí por qué los catalanes no prosperan en Madrid, á menos que vayan con algún capital, establezcan algún comercio ó tengan extraordinaria suerte y gran talento. En este medio ambiente se encuentran mejor los andaluces, los castellanos, los hijos de la llanura, de carácter franco, abierto y expansivo; y abundando más los andaluces y gente del Sur de España, y encontrándose en más perfecta correlación el organismo y el medio ambiente, resulta como carácter predominante en Madrid todo lo andaluz, con su fantasía, su imaginación viva, su palabrería, su verbosidad, sus apasionamientos por lo fantástico y lo bello, su desconocimiento ó menosprecio de lo útil, su veleidad con los mismos defectos del árabe y sin que concurran actualmente las condiciones para ostentar sus brillantísimas cualidades.

Muchas y variadas causas de que hemos hablado en otras ocasiones y que no es de este lugar exponer ampliamente, nos han impedido alcanzar el gran desarrollo económico de otras naciones, y el constante estado de guerra en que vive España ha endurecido los corazones y enseñado el menosprecio del trabajo pacífico. Un viajero inglés exclamaba en otro tiempo: «España, fuente de orgullo en un valle de miseria;» y los embajadores venecianos se espantaban ante el espectáculo de nuestra desconsoladora pobreza. Los ilustres viajeros de Silesia, de Bohemia y de Venecia, como León de Rosmital de Blatna y

Andrés Navajiero, tienen que atravesar un desierto para ir á la Corte; han de llevar provisiones de víveres para no morirse de hambre, acampar toda la noche bajo una tienda y hacerse preceder de guías por llanuras incultas y desfiladeros inhabitados. Enrique Cock (1) nos dice que cuando el mismo rey iba de una á otra capital, no encontraba en el camino alojamiento ni comida. Las posadas de los pueblos, ocupadas por los maleantes arrieros y las sucias maritornes que describe Cervantes, no tenían más que sillas rotas, ventanas abiertas á todos vientos, carnes podridas y huevos gárgoles. Cuando los campos están abandonados, las ciudades están hambrientas, y la idea del hambre estaba presente en todos los espíritus, porque, como dice Fornerón (2), en España corría peligro de morir de inanición el que no era religioso, soldado ó paje. El hambre fué la calamidad nacional. Y por esto la sobriedad contraída desde la infancia viene á ser en el soldado español una cualidad que admira á los capitanes extranjeros. Refiriéndose á nuestros soldados, decía Brantome: «¡Qué resistencia tienen para el hambre!» (3). Aun hoy se admira la sobriedad, y nos hacemos lenguas de que el soldado español con un sorbo de aguardiente y un pedazo de bacalao pase un día entero.

Esto, que á un extranjero y á un hombre de sano juicio le horripila, es motivo de vanidad para muchos españoles.

La sobriedad es un defecto capital, porque el cuerpo mal alimentado no es fuerte ni resiste á las enfermedades. Lo primero que necesita el hombre es alimentarse bien, y este axioma, que es el abecé de la vida, no ha llegado á comprenderlo el español, siempre quijotesco y sobrexcitado. Y lo que es un defecto gravísimo para el hombre en general, lo es especialmente para el soldado. Comparad un soldado inglés, un guardia marina de la Armada inglesa con un soldado español. El primero, alto, fuerte, fornido, robusto, con unos brazos de á metro, pero bien musculado, el cuello colorado, las proporciones hercúleas, y así se mantiene porque ingiere en el cuerpo una libra de carne diaria y otras dos de legumbres, de manteca, de huevos, de substancias restauradoras y alimenticias, y dos azumbres de cerveza. En cambio, el español, seco, descolorido, pálido, pero tan sobrexcitado y nervioso, que está dispuesto á todas las aventuras y á todos los disparates.

La pobreza nos ha hecho sobrios, pero la sobriedad nos ha hecho pobres. No puede ser rico un país sin necesidades.

---

(1) Anales. *Relación del Rey Católico cuando fué á Monzón.*
(2) Véase *Historia de Felipe II*, por H. Fornerón; traducción de Cecilio Navarro. Barcelona, 1884.
(3) Véase *Baladronadas españolas.*

Si el soldado español hubiese necesitado dos libras de carne, como el holandés, y su buena ración de jamón y huevos y una pitanza abundante y suculenta, no hubiera sido juguete de tantas ambiciones, ni instrumento de tantas veleidades, que no escatimaban su sangre por lo mismo que iba barata; pero claro es que se organizaban ejércitos, y se equipaban flotas y se declaraban guerras con mucha facilidad, como que apenas se ha pagado nunca al ejército. El soldado español, y también el general español, han sido siempre mal pagados y se les ha exigido heroísmos. Si hubiese sido exigente, y no se hubiese batido sin estar bien alimentado y bien provisto de bolsillo, no habríamos tenido tantas guerras.

No nos cansaremos de repetirlo: la sobriedad, que es á la vez causa y efecto, es un delito nacional con el cual estamos muy familiarizados. El hombre para ser fuerte para resistir el frío y el calor, la fatiga y el trabajo, ha de asimilar grandes cantidades de substancias azoadas, ha de ingerirse buenas raciones de carne, de pescado, de verduras.

Pero los sujetos que bien se alimentan, son gordos y rollizos, á la par que calmosos y flemáticos, y no formarán un ejército fácil; no podrán constituir un buen contingente para levas y quintas.

Costará muy cara su manutención, y no harán jornadas largas en ayunas. Serán malísimos aventureros, pero en cambio serán buenos menestrales, buenos artesanos, buenos aprendices, buenos maestros en su arte y oficio. La gente gorda, flemática y sedentaria, está en mejores condiciones para acumular riqueza que el tipo novelesco y aventurero que todo el día va de aquí para allá.

Los hombres prácticos, sesudos, de costumbres apacibles y amigos de darse buena vida, no son impresionables, guerreros y atrabiliarios. Les gusta una casa sólida, una buena mesa, una despensa bien provista y una bodega bien repleta. Aman el bienestar para sí y para los demás, y están en magníficas disposiciones para acumular riquezas. Nada de esto sucede con el español, siempre inquieto, amigo de darse mal tiempo y de dar fatiga á los demás. Así, pues, un pueblo sobrio sólo puede producir militares aventureros, teólogos, poetas misántropos y gente nerviosa, pero no un buen personal para trabajar, para emprender grandes obras que exigen perseverancia, tesón é inteligencia; porque el sobrio tendrá mucho arranque y mucho empuje en un momento dado, pero decaerán sus fuerzas, no tendrá grandes resistencias para la fatiga y para el trabajo constante.

Si los españoles hubiésemos discurrido de esta manera seríamos los dueños del mundo, porque parece imposible cómo hemos hecho tantas proezas con tantos siglos de abstinencias y ayunos como llevamos en el cuerpo.

Nuestra raza, ó mejor dicho, el conjunto de razas que forman nuestro pueblo, tiene un aguante y una resistencia tremenda, y empleadas sus actividades en cosas útiles, puede dar de sí hasta lo increíble.

La especial manera de vivir que hemos tenido hasta muy entrado este siglo, desvió toda dirección intelectual hacia las corrientes económicas, habiéndose formado una inclinación verdaderamente popular que alcanzó y penetró en las conciencias, que allá en siglos pasados mueve el ingenio popular en los proverbios, inspira á los dramáticos del siglo de oro y á los sainetero de la decadencia, y calladamente alecciona á los electores en los comicios, á los ministros en los gabinetes y á los diputados de mayorías y minorías en los Parlamentos; la gallardía y la gracia en el *deber*, y la popularidad del recurso financiero de *no pagar*.

El insigne Moreto escribe *Trampa adelante*, y al héroe de su drama lo retrata como galán discreto, valeroso y enamorado, y como si quisiera acabar de hacerle simpático al público, da minuciosa cuenta su criado

Del queso y los panecillos
que debemos en la tienda,
el broquel há ya tres meses
que está con la pastelera.

Y aun de esto se felicita donosamente, siendo, antes que pena, alivio

Porque con eso tenemos
empeñadas las pendencias.

Salas Barbadillo, consagra otra comedia al *Galán tramposo* y *pobre*, siguiendo los propios derroteros, y las agudezas y arbitrios del *Sutil tramposo*, han regocijado mil veces á nuestros padres y á nuestros abuelos, que han aplaudido con franca simpatía las burlas y las decepciones del casero, y de los acreedores por títulos los más sagrados y respetables. *Cobra y no pagues, que somos mortales; haz lo que debas, aunque debas lo que hagas; tuyo ó ajeno, no te acuestes sin dinero*, y otros muchos aforismos de la economía popular de Castilla y Andalucía, reflejan análogas inclinaciones, y todo ello se manifiesta en forma más solemne al llegar el pensamiento público al punto de los problemas de gobierno.

¿Quién no ha advertido, en discusiones y programas, la calurosa aprobación con que se reciben las promesas de los impuestos sobre las deudas, que son la forma menos disimulada de quedarse con lo ajeno contra la voluntad de